

La historia de Manuel Ruiz de Huidobro y Alzuren, nacido en 1910, ha quedado obviada de la historia. Como bien explica el historiador militar José Luis Isabel Sánchez en un completísimo dossier sobre este personaje, la carrera de nuestro protagonista comenzó en 1932, cuando ingresó en el Cuerpo de Ingenieros. Tras una ascensión más que rápida en el escalafón militar –no tardó en llegar a sargento–, y con la llegada de la Guerra Civil, se presentó voluntario en Valladolid para combatir en las milicias de Falange. A partir de ese momento estuvo presente en una buena parte de las batallas más determinantes por la capital; entre ellas, la del Jarama o la de Brunete. Al finalizar el enfrentamiento fratricida ya había obtenido cuatro distinciones por su arrojo y se había ganado un nuevo ascenso a capitán.



Huidobro se alistó en la División Azul en abril de 1942, cuando ya habían pasado diez meses del mítico discurso de Ramón Serrano Suñer. Ese en el que cargó contra la Unión Soviética por el estallido de la Segunda Guerra Mundial: «Camaradas: no es hora de discursos. Pero sí de que Falange: «Camaradas: no es hora de discursos. Pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra guerra civil. Culpable de la Muerte de José Antonio, nuestro Fundador. Y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la opresión del comunismo ruso. El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del

porvenir de Europa».

Como a otros tantos falangistas, a Huidobro le caló hasta los huesos aquel discurso; casi le espoleó para dirigir sus pasos hacia Rusia y combatir en la Segunda Guerra Mundial. Poco después, Huidobro fue destinado en el Regimiento 262, donde no tardó en ser nombrado capitán. Con esta unidad se hallaba, allá por el 10 de febrero de 1943, en el frente de Krasny Bor. «Ese día, 38 batallones soviéticos salieron de Kolpino, el barrio industrial de Leningrado ante el que estaba acantonada la División Azul, apoyados por unos ochenta tanques, unas 150 baterías y un número indeterminado de 'organillos de Stalin', esto es, de lanzadoras de proyectiles», destaca el historiador Xavier Moreno Juliá en declaraciones a ABC.

Huidobro cubría con su compañía, constituida por ciento veinte hombres, un frente de unos dos kilómetros en el frente de Leningrado. Allí les iba a tocar resistir el empuje soviético. El día de la batalla que se convertiría en la más sangrienta de la División Azul, el capitán recibió informes preocupantes. Sus exploradores le informaron de que, en un bosque cercano a las posiciones de su compañía (la 3a), había escuchado ruidos que provenían, con casi toda seguridad, de carros de combate. El oficial se dispuso a corroborar lo que más temía: los tanques soviéticos se preparaban para un ataque. Pero no fue lo único. Casi como si supiesen que habían sido descubiertos, los hombres de Stalin iniciaron, a los pocos minutos, un intenso fuego de artillería sobre los defensores españoles. «Huidobro se trasladó al observatorio de su compañía, en el que situó como reserva móvil diez hombres de antitanques», añade, en este caso, Isabel.

En vista de que un ataque se avecinaba, Huidobro preparó a sus hombres para la batalla de la única forma que podía. Recorrió la posición llamando a sus soldados a luchar hasta la muerte y les ordenó que no se levantasen del fondo de las trincheras mientras continuase el fuego de artillería. Por entonces el capitán todavía no tenía consciencia del número total de enemigos que iban a lanzarse sobre ellos. Para su desgracia, cuando los blindados se dejaron ver entendió que iba a ser una tarea hercúlea obligarlos a retroceder. El mensaje que envió a sus superiores así lo indica: «El enemigo ataca en grandes masas. Barrera de artillería delante de la posición y sobre el bosque».

Los dos primeros asaltos soviéticos fueron detenidos por la 3a Compañía de Huidobro con dificultades, pero de forma exitosa, en la linde del bosque. Y todo, a base de fuego de fusilería y de ametralladoras. Los soviéticos apenas avanzaron. Pero no ocurrió lo mismo con el tercer envite. En él, los hombres de Stalin lograron abrir brecha en el flanco derecho de la División Azul a golpe de lanzallamas. Si los carros de combate no habían sido efectivos, el fuego sí. Lejos de desesperar, el capitán recorrió las trincheras animando a sus hombres a resistir hasta el final. Y no solo eso sino que, para servir de ejemplo, se subió a lo alto de la trinchera a pecho descubierto. «¡Que somos españoles!, ¡Que esto no es nada!, ¡Que por aquí no pasan!», gritó.

Allí permaneció largo tiempo, según narra Isabel. Para ser más concretos, hasta que dos de sus hombres le convenciesen de que se pusiese a cubierto. Por entonces la situación pintaba muy negra para su compañía. Diezmados, los españoles vieron como, en las horas siguientes, los soviéticos desbordaban también su flanco izquierdo y atacaban, a bayoneta calada, las trincheras. Poco más se podía hacer. Asfixiado por la presión de los soldados de la URSS, y con apenas un 25% de los hombres que contaba en un principio, Huidobro animó a los soldados supervivientes a lanzar una última carga. Y fue en ella en la que perdió la vida por culpa de un certero disparo en el cuello. Sus soldados se mantuvieron firmes todavía algunas horas más.

En 1945, el diario ABC hizo público que se había concedido la Cruz Laureada de San Fernando: «Como resultado del expediente de juicio contradictorio, Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos nacionales, se ha dignado a conceder la Cruz Laureada de San Fernando al capitán de Infantería, fallecido, don Manuel Ruiz Huidobro Alzunema. por su heroica actuación con motivo de los hechos en que encontró gloriosa muerte».